

# EL MOTÍN



Año XXXV.—Madrid, Jueves 11 Febrero 1915.—Número 6.

SUCURSAL:  
RIVADAVIA, 698  
BUENOS AIRES

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

### Paréntesis consolador

Lo fué el espectáculo dado el domingo por los republicanos de Madrid, acudiendo á millares á dejar sus tarjetas en la embajada de Bélgica, en prueba de las simpatías que á los demócratas españoles inspira esa nación tan valiente como infortunada.

Si al ver que las masas acuden siempre á donde se las llama con fines nobles y patrióticos, se decidieran los que están á su frente á organizarlas sin miras egoístas, dándoles para ello ejemplos de desinterés y abnegación, quizás, quizás pudiera todavía el partido republicano recuperar la fuerza moral que en otros tiempos tuvo.

Aun cuando mejor sería que las masas se impusieran á los hombres que las dirigen, organizándose por provincias, según vengo aconsejando hace años.

Y que fuera pronto, para que la prolongación y exacerbación del mal, no hiciera imposible la aplicación del remedio.

Sí; lo repito: fué el del domingo un paréntesis consolador en el capítulo interminable de nuestras divisiones y discordias.

### Advertencia necesaria

Los trabajos que van á continuación, los tenía preparados para este número.

Al ver el entusiasmo de ayer, dudé un momento en si publicarlos ó no. ¡Dejar oír esa nota de tristeza,

cuando resuenan por todas partes estridentes voces de alegría!

Pero después de pensarlo bien, me dije:

«Con publicarlos nada se pierde. Si este movimiento de opinión no es uno de tantos, *verde como el heno á la mañana, seco á la tarde*, nadie se fijará en ellos. Y si es uno de tantos, quizás la indignación que despierten inspire á las masas alguna iniciativa provechosa.

¿Que no pasa nada de esto ni de aquello, que será lo más probable?

Pues seguirá todo como hasta aquí, y yo habré tenido la amarga satisfacción de haber acertado una vez más, cuando sabido es que vengo anhelando con ansias vivas equivocarme siempre que pinto ó relato las desventuras del partido.

Y advertido esto, allá van los trabajos.

### Libertad de industria

Al ver que un guardia detenía á un individuo que se buscaba la vida adjudicándose desaprensivamente lo que encontraba á mano, díjole al guardia un desarrapado que presenciaba la detención: «¡Deje vivir al hombre!»

Siempre que oigo á alguien decir benévolaemente que los políticos Fulano ó Mengano se buscan la vida por procedimientos parecidos, aunque más en grande, pienso que en todos los partidos hay hombres que opinan como aquel ferviente y mal trajeado partidario de la libertad industrial.

Y de paso echo de menos aquellos tiempos en que el partido republicano era en este punto una excepción honrosa, y nadie pensaba en ningún jefe, ni en ningún diputado, ni en ningún concejal de los nuestros cuando se hablaba de subvenciones por amparar casas de juego en éste ó aquél círculo, ni por obtener concesiones provechosas de los gobiernos, ni por cotizar la amenaza, ni por especular con el silencio.

Se me dirá que es falso lo que hoy se propala contra algunos jefes, diputados y concejales republicanos, y que los periódicos que de esto se ocupan, unos citando nombres y otros veladamente, los difaman por pasión política... Algo ó mucho puede haber de todo eso; no lo niego;

y pocos se alegrarían tanto como yo de que todo fuese falso; pues como se habrá observado, nunca me hago eco en EL MOTÍN de las acusaciones de cierta clase que se lanzan contra cualquier republicano. Creo que esto me autoriza para hacer estas preguntas:

¿Por qué nadie dijo nada parecido de los jefes, diputados ó concejales de antaño?

¿Por qué no se defienden ó protestan los de hogaño que se ven aludidos ó personalmente acusados?

Comprendo que los políticos desprecien los ataques que se les dirigen como tales, pero no que desdeñen tan olímpicamente las acusaciones precisas que se les hacen en asuntos en que la honra del hombre público queda malparada.

Si no tienen nada que temer ¿por qué callan? ¿No comprenden que dan margen á la sospecha de que algo temen?

Se van poniendo las cosas de un modo, que quizá dentro de poco, si esto no cambia por completo, no podamos ninguno del partido decir, *¡soy republicano!*, con el orgullo que antes lo decíamos, muy parecido al de aquellos que en la antigüedad exclamaban: *Cives romanus sum!*

Pues aun cuando las faltas son personales, no hay manera de evitar que la opinión englobe en la responsabilidad á todos los que comulgan en ideas con quien las comete, de igual manera que amplía á todos las alabanzas que merecen sólo unos cuantos.

¿Qué desconsolador es tener que hablar de estas cosas, que tanto han contribuido á que el país pierda la confianza que en nosotros tenía, y que no recobremos mientras no nos vea desviados completamente del camino de perdición que seguimos!

¿Nos verá algún día? Voy dudándolo ya. La falsa teoría de que las ideas lo son todo y los hombres nada, siempre por mí combatida, nos impide ver que las ideas sin hombres no logran estenderse ni imponerse.

Y no hay que buscar ejemplos fuera de nuestro campo. La idea republicana permanece intacta; ¿por qué el republicanismo ha dejado de ser para España lo que ayer era, una esperanza y una garantía?

Desea que alguien me convenciera de que no ha sido por culpa de los hombres que lo dirigen. Rec-



tificaría mi juicio, cual lo hice siempre que me equivoqué. Pero en tanto no llegue ese caso, seguiré sosteniendo que, en política, las ideas ganan ó pierden según sean los hombres que las simbolizan ó las defienden.

## Mi última trinchera

Me han ido desalojando de todas las que he defendido en el campo republicano: la *Coalición*, la *Fusión*, la *Concentración*, la *Unión*... En ocasiones reconquisté alguna de las que me habían arrojado, mas tardé poco en perderla nuevamente. En 1903 creí, allá por Marzo, haber ganado definitivamente la batalla. Antes del año me convencí de que había sido el mío un triunfo semejante á los de Pirro.

De 1908 acá he intentado despertar á los revolucionarios dormidos y atajar á los que se preparaban á desertar, fracasando en ambos empeños: los revolucionarios siguen durmiendo, y los desertores han llegado á donde iban.

Pienso resistir cuanto pueda en la última trinchera á que me he visto obligado á retirarme: la llamada *Reorganización por provincias*. Pero si nadie responde lealmente á mi llamamiento; si los que debieran ser los primeros en propagarla, callan; si el armisticio, pactado tácitamente entre la Monarquía y los jefes y diputados republicanos no se rompe, no tendré otro remedio que abandonar también esta trinchera republicana, y hacerme fuerte en el campo artillado del anticlericalismo, del que ya no es tan fácil desalojarme.

Eso sí; si el caso llegare, reclamaré con altivez los honores de guerra, que se me deben en justicia por haber dedicado treinta y cuatro años de mi vida á pelear sin tregua ni descanso por el honor, la dignidad, el porvenir y la vida del partido republicano, víctima de los incapaces unas veces, y de los histriones de la revolución otras. Y de no acordárseme esos honores, me enorgulleceré doblemente de haberlos merecido.

## NOTICIA DESAGRADABLE

No tengo ganas hoy de escribir más artículos políticos. Aprovecho, pues, la ocasión para comunicar á mis lectores una mala noticia que he debido darles hace tiempo: la de que estoy preocupado con una extraña enfermedad que padezco. Sólo á contados amigos he hablado de ella.

No sé definirla, ni fijar siquiera de donde parte, por más que la siento en

el estómago. He oído decir que en esa cavidad (hueca hoy en la mayoría de los habitantes de España que no son frailes) se reflejan muchas enfermedades que radican en partes diversas del cuerpo.

El dolor que me produce no es agudo, pero sí horrible, por ser continuo: esto no quiere decir que no se exacerbe en ocasiones. A veces preferiría que fuese inaguantable; me permitiría por lo menos desahogarme un poco, ciscándome en unos cuantos ciudadanos de la corte celestial. Mas ni este consuelo tengo.

¿Antecedentes de mi enfermedad? Allá van.

Hace unos cinco ó seis meses, desesperado, fuí á visitar á un médico de fama, antiguo amigo mío y correligionario, militante abnegado en otros tiempos, (hoy está de reemplazo); intenté explicarle lo que me ocurría, y no logré que se enterara. «No como... Todo me repugna... Estoy triste...» Esto es lo único que supe decirle.

—Vnega usted mañana á eso de las ocho. Una hora antes tome un tazón de te con un trozo de pan. Metemos la sonda cuando esté en su período álgido la digestión, y veremos cómo anda usted de jugos gástricos.

Quedé aterrado, pero hice cuanto pude por disimularlo. ¡Eso de introducirle á uno en el estómago una goma tan largal... Muchas cosas gordas he tragado y trago; ¡pero esa de tan aterradora dimensión! En fin, ¿qué hacerle? Por la salud todo se toma y se soporta, y yo deseo vivir siquiera hasta enterarme de si el conde de Zeppelin es un Mateo Morral elevado al cubo.

Tomé al día siguiente á eso de las siete el trozo de pan y el tazón de te, y á las ocho en punto llamaba á la puerta de mi amigo.

Suprimo los detalles de la introducción de la sonda y la devolución de la embasado: son detalles antiestéticos.

Concluída la operación me dijo el doctor:

—Vuelva usted mañana á esta misma hora, en que ya habré hecho el análisis.

Acudí al otro día, y me dijo:

—Amigo Nakens: están equilibrados proporcionalmente los jugos; luego el mal no está en el estómago; hay que buscarlo en otra parte.

—Y, sin embargo, ahí es donde lo siento.

—Pues ahí no está. Diga usted; recuerde si alguna vez ha experimentado alguna alteración nerviosa en el estómago, producida por la repugnancia que le causara alguna cosa, y si advirtió tendencias al vómito?

—Sí; creo recordar...

—Cuando una cosa repugna, y viene el asco (porque eso es lo que usted padece, asco), la inervación del estómago parece que se subleva y manifiesta su repulsión con náuseas y vómitos.

—Sí, sí, eso me pasa; mas no me explico por qué. Yo nunca toco, ni miro, ni huelo suciedades...

—No es necesario precisamente. El vómito se produce en el asco, por un estado sensacional del cerebro. Los vomitivos lo determinan independientemente de toda sensación ó emoción directa sobre el estómago ó sobre los centros nerviosos.

—De modo que...

—El asco es un movimiento involuntario del organismo. Este movimiento reflejo depende de las conexiones que en los centros nerviosos (mesocéfalo, encéfalo) tienen los nervios gloso-faríngeo, pneumogástrico, trigémino, facial é hipogloso. El punto de partida de estos reflejos puede ser el nervio óptico, cuando se ve lo asqueroso; el olfativo, cuando se huele, etc; también puede serlo el mismo cerebro cuando se piensa ó se recuerda lo repugnante. Y diga usted, ¿hace mucho tiempo que sufre ese padecimiento?

—Comencé á notar los primeros síntomas allá por los años 1904 y 1905, y desde entonces, cuándo mas acentuado, cuándo menos, me he visto muy pocas temporadas libre de él.

—¿Y se fijó usted por casualidad en el estado físico ó moral en que se encontraba en los momentos de determinarse la exacerbación?

—No hago memoria en este instante...

—¿O advirtió alguna circunstancia especial que se diera siempre que esto le ocurriera?

—Me hace usted pensar en que... ¡Sí! ¡Sí!... Es posible... ¡Qué rareza!... La exacerbación de mi padecimiento coincidía casi siempre con algún suceso desagradable, depresivo ó bochornoso para el partido republicano, ó para los hombres que estaban á su frente.

—Acabáramos. El asco que usted padece, no es el producido por la repugnancia de esta é aquella suciedad; es el que excita al vómito por un estado emocional del cerebro. Y para este asco, amigo Nakens, que bien pudiéramos llamar político, no ha encontrado todavía la Ciencia remedio alguno. Y tendrá que apresurarse á buscarlo, porque es enfermedad que se va extendiendo por toda España de un modo alarmante. Y dícho esto, comprenderá usted que nada puedo recetarle.

—¡Pues estoy aviado!

—Pero como, aunque la causa sea distinta, los efectos son iguales, me atrevo á aconsejarle que no olvide



que lo mejor para no tener a co, es apartar la vista, el olfato, el gusto ó la memoria de lo asqueroso.

Oído esto no quise saber á ; me despedí de mi amigo dándole las gracias, y salí á la calle casi completamente desesperanzado. El remedio de mi enfermedad no estaba en la Ciencia ni en mí.

## Carta que recibo

Seguiré hablando de lo que en algunas se me dice. Me distrae. Y hay que huir del aburrimiento. «Si puede concebirse un infierno más horrible que ese donde atormentan á los condenados sería otro donde se aburrieran.» Una cosa parecida vino á decir Santa Teresa.

Un ciudadano me reprocha el que á menudo *hable de mí*.

No le falta razón: tengo ese defecto; ó esa debilidad; ó esa tontería.

Los grandes hombres (?) solemos ser ricos de todo eso.

Y lo peor del caso, es que no quiero enmendarme: prefiero que me echen en cara *que hablo de mí*, á que digan *que hago por mí*.

Sin desconocer que sería muchísimo más práctico lo último.

Otro avanza un poco más. Se burla, y no con mala sombra, de aquello que dije hace poco de que no tenía dinero por que no había querido; ó no quería. «Es usted el único hombre, exclama, capaz de tan gran virtud. ¿Poder adquirir dinero, y no hacerlo? Lo creo porque usted lo dice, pero no lo comprendo. Sólo por ese rasgo merece usted ser canonizado, á pesar de su recalculante impiedad.»

—Bien, hombre, bien; veo que maneja usted regularcillamente la sátira, pero que no es imparcial en sus juicios. No soy el *único* que pudiendo haber adquirido dinero, no lo tiene. Hay muchos. Y en todos los partidos. En el republicano más que en ninguno: abundaron siempre. Que se me cite *uno solo* que se enriqueciera en 1873. Y la época se prestaba.

No quiero exhibir (documentándolos) tres ó cuatro incidentes que comprobarían mi aserto; mas sí voy á apuntar ligeramente un caso que pudo darse, solamente con haberme olvidado un poquito de dos ó tres palabras casi apolilladas ya por falta de uso.

Supongamos que, obesionado con mi manía de dejar toda mi labor demolidora en tomos, se me ocurre sacar un kilométrico y recorrer en quince días las principales regiones de España, poniéndome secretamente al habla con los tres ó cuatro re-

publicanos más importantes (metálicamente hablando) de cada una; que les doy á entender con medias palabras que tengo preparado un formidable movimiento en sentido republicano, en el que entran fuerzas del Ejército, y que se me ha buscado para ponerme al frente de la parte civil, recordando que en 1905 publiqué un folleto pidiendo la dictadura militar; que hacían falta tantos ó cuantos miles de duros para dar el golpe sobre seguro, y...

Vamos, francamente; ¿hay alguien capaz de suponer que hubiera yo fracasado en esto, no habiéndome jamás dirigido á nadie con cuentos de esta clase, ni con peticiones de estas? De seguro que no lo hay.

Y una vez conseguido mi propósito de reunir unos miles de duros, lo demás era ya coser y cantar. Un mes antes de la fecha fijada por mí para el movimiento apócrifo, hubiese dirigido un aviso cifrado á cada *primo*, advirtiéndole que se había aplazado el movimiento por esta causa ó aquella; quince días después otro avisito sacando á escena (sin citar nombre, por supuesto) el indispensable traidor; y quince días más tarde otra cartita con un cuento tártaro, para quedar yo como un caballero y hasta como uno de nuestros primeros é incansables revolucionarios ante los ojos de aquellos á quienes hubiere timado.

Me parece que todo esto no es muy difícil de hacer, y que yo estaba en las mejores condiciones para intentarlo. Ni es la vez primera que se ha hecho (lo saben bien los individuos que han conspirado, lo mismo monárquicos, que carlistas, que republicanos) sin que nadie se haya escandalizado mucho; aparte de que en estos asuntos el temor garantiza el silencio.

Se me argüirá que esto, aun cuando se me hubiera ocurrido, no podía haberlo hecho sin dejar de ser quien soy. Perfectamente. Pero esta misma observación demuestra que habría podido intentarlo, porque nadie hubiese desconfiado de mí. Precisamente por esto lo he dicho.

Ya sé que no tiene mérito el abstenerse de realizar aquellos actos para los que no servimos: la impotencia nunca fué virtud. Pero estar en condiciones de llevarlos á cabo, y no intentarlo por respeto al nombre adquirido en primer término; en segundo por no desmerecer ante la opinión ajena; en tercero por no deshonorar un partido; y en cuarto porque no debe hacerse en política nada que no pueda justificarse, en la intención al menos, esto creo que sí tiene algún mérito.

¿Que por esta teoría deberíamos dar las gracias á todo el que, pudiendo robarlos impunemente no lo hace; á todo el que, pudiendo dar-

nos sin riesgo una puñalada, no saca el cuchillo? No; pero quizás lleguemos ahí por el camino que vamos, puesto que ya transigimos con todas las infamias afortunadas, y admiramos todos los éxitos alcanzados por la osadía.

Y principio quieren las cosas.

JOSÉ NAKENS

## Leche y Buen Parto

La religión fué siempre y en todas partes, símbolo, heraldo y pregoneiro de la modestia, la cual virtud consiste en buscar á los actos de la vida el modo más edificante y menos escandaloso.

Por lo cual, así como el indecente lo es aun en las cosas más decentes, y el decente aun en las acciones y cosas de suyo indecentes sabe revestirlas de decencia; así también el modesto sabe serlo en la misma inmodestia, y el escandaloso, aun á la modestia hace chocarrera, fatua y mal educada.

Quedamos, pues, en esto: en que *est modus in rebus*, y sobre todo en las cosas religiosas, por no decir en las cosas del catolicismo que ha venido á hacer de *las formas* el nervio principal de su religión.

Cuando, pues, se trata de echar á la calle el culto católico, en aquellas cosas á que, por ser nuevas, no alcanza todavía el Ritual, los prebostes y párrocos debieran celar que en todo resplandeciese el tino, prudencia, buen gusto y discreción propias de quienes dicen: «las cosas santas deben tratarse santamente», así en razón de las formas como de las circunstancias. Y pues entró la moda parisina de fijar en la calle carteles anunciadores, también á ellos alcanza la ley de la modestia, de la prudencia, del buen gusto y aun de la delicadeza.

¿Están sujetos á estas reglas esos cartelones que se ven por las iglesias de Madrid, y que á cierta distancia dejan ilegible el resto del texto, echando á la vista una línea en letras gordas, que dice:

LECHE Y BUEN PARTO...

Para los que no hemos nacido en Lavapiés é ignoramos las celebridades locales y los *modismos* de la jerga religiosa, ese rótulo no se sabe si es un insulto grosero á las jóvenes y mocitas transeúntes, ó si se trata de un reclamo de clínica en pendant con otros semejantes acostumbrados en los W. G., ó si es anuncio de específico farmacéutico.

LECHE Y BUEN PARTO...

se lee. El lector forastero, se dirá: ¿pero, á qué se refiere ese rótulo chocante por demás?



Necesitará acercarse un poquito para leer encima: *Novena*: con lo cual viene la idea estafalaria: *Novena de Leche y Buen Parto*? ¿Qué será ello?

Y sólo al dar con las narices al cartel se divisa la línea intermedia: *Novena á la Virgen de la Leche y del Buen Parto*, con una serie de señoras que se llaman *cofrades*, y que, á sujetarse el lenguaje al asunto de la leche y parto, más parece que debieran llamarse comadres.

D-jemos al P. Ferrándiz, especialista de estos asuntos, el dar dictamen acerca de esa devoción que debió nacer en aquellos tiempos de desenvoltura religiosa del siglo XVIII, culto que debió tener también la Venus fecunda con más propiedad por representar el culto de la Fisiología.

Dejando eso aparte, no hay duda de que esos cartelones son ofensivos á los ojos piadosos y á los ojos impíos, y acusan unas aficiones religiosas poco honrosas para la capital de una nación católica.

Y cuando la devoción en sí hubiera de tolerarse, señores párrocos; sírvanse redactar los anuncios en otra forma menos incongruente: pues si de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso, no media mayor distancia de lo sagrado á lo grotesco. Y á fe que no hay mocita de doce años que no se sonroje al leer eso en los carteles del templo: *Leche y Buen Parto*.

R. MAYOL

## IDEA AMPLIADA

Los conservadores dejaron tarjetas en la embajada alemana, para manifestar su regocijo por la desaparición del monumento elevado á Ferrer en Bruselas.

Los republicanos y demócratas, en son de protesta, y para patentizar de paso nuestras simpatías por los aliados, dejamos el domingo nuestras tarjetas en la embajada de Bélgica.

Como el procedimiento para entusiasmarlos ó protestar es cómodo y barato, se me ocurre ampliarlo un poco. En esta forma:

Cada vez que leamos que los alemanes han derrumbado una catedral, destrozado una iglesia ó fusilado un clérigo, deberemos ir á la Nunciatura y dejar allí nuestras tarjetas. Los de provincias pueden enviarlas en sobre abierto con sello de cuarto de céntimo.

Así demostraremos que no somos intransigentes, puesto que nos asociamos á la alegría que experimentan los clericales cada vez que las tropas del Kaiser realizan una heroicidad ortodoxa, y llevaremos á todos el convencimiento de que no re-

paramos en sacrificios cuando de servir á nuestro ideal se trata.

Relevo al Estado de la obligación de darme las gracias por esta idea que aumentará bastante la renta de Correos, y lo mismo digo á los industriales que hacen tarjetas.

## Egoismos gemelos

Los diarios católicos franceses quéjense de que sus colegas alemanes mutilan en su favor la encíclica del Papa encareciendo la paz, extrayendo sólo lo que les conviene.

Como quiera que cada católico hace lo propio con el Evangelio y con la Biblia, no se me alcanza la razón de la queja de los católicos franceses.

En la religión pasa lo mismo que en el asado de sardinas: cada prójimo arrima el ascuá á la suya.

## CINE C E I C A L

### ¡Cosas de chicos!

I

Gabinete elegante: doña María, viuda, rentista, de visita; doña Mercedes, propietaria, ama de la casa; Enriquito, niño de once años, juega con unos soldados de madera.

—Pues, la verdad, tengo muchas ganas de conocer al P. Félix. ¿Y hace mucho que vino de la misión?

—Dos meses; tenía la salud perdida; fué necesario que los Superiores se lo ordenaran por santa obediencia.

—¿Había hecho muchas conversiones?

—¡Uf! Se cuentan á millares... Es un santo... Hasta los *infieles* le veneraban, y hay muchas señoras chinas que todavía le escriben.

—¿Y viene mucho por aquí?

—Sí, sí, todas las tardes, apenas se va papá al Senado...

—¡Calla! Tú que sabes... Diga usted, doña Julia, que solo ha venido un par de veces en un mes... Anda, Enriquito, vete á jugar á la galería con el perro.

—No quiero, que me muerde...

—Déjele usted...

—Es que es muy aficionado á meterse en las conversaciones de los mayores... (¡Ya te arreglaré, bribón!)

II

Comedor lujoso; después de ópíparo banquete toman café doña Mercedes, su esposo, el niño y el P. Félix, misionero, un mocetón robusto, moreno, con larga barba negra y ojos fulgurantes.

—Di, Enriquito, ¿te quieres venir al convento conmigo? Mira, serás misionero, y viajarás, y verás mu-

chas cosas bonitas, y llevarás muchas almas al cielo...

—Yo quiero ser soldado.

—¡Sí! Bueno es este pi lin para conventos. ¡Tiene más malicia!

—¿Es eso verdad, Enriquito?

El niño baja la cabeza y se pone colorado.

—Ven, ven, hermoso, y dame un beso.

—No vayas—interviene el papá—que si se lo das se te pegarán á la cara las barbas del P. Félix.

—¡Oh! Eso no es verdad, porque entonces ya hace tiempo que las tendría mamá.

Los tres personajes se quedan helados ante esta salida. El P. Félix balbuceando, y por decir algo:

—¡Cosas de chicos!...

FRAY GERUNDIO

## Ejemplo que imitar

Lo es el del difunto duque de Nájera, en cuyo aniversario funeral dieciséis iglesias en España aplican todas las misas de un día por su alma. A razón de 20 cada iglesia son 320 misas. En algunas de esas iglesias le aplican las de todo el año.

Este ejemplo iniciará á los impíos á hacerse ricos, para poder contar con intercesores ante el Altísimo, si es que al morir no están muy seguros de que tienen ganada la gloria por sus propios puños; seguridad que no debía tener el difunto duque, cuando tanto dinero dejó para que se interesen por él cerca de Dios de toda verdad y toda justicia.

## Timo conocido

Con ese título ha publicado *El Universo* del día 3 lo siguiente:

«Con membrete de *Razón y Fe* y la firma falsificada del respetable P. Villada, de la Compañía de Jesús, un *vividor* ha circulado pliegos recomendando limosnas y donativos para el portador.

«Las personas avisadas se han tomado tiempo para aclarar el asunto; pero se lo advertimos á nuestros confiados lectores por si caen en el burdo lazo.

«Inútil parece añadir que ni el membrete es auténtico, ni la firma legítima, ni el P. Villada se permite hacer recomendaciones de esa índole.»

El que ha dado ese timo no conoce á los *loyolas*. Suponer que un jesuita recomienda á nadie dar un perro chico á gentes que no sean de la Orden, prueba que ese timador es un *panoli* completo. En el jesuitismo se barre siempre hacia dentro.

Conque ya están advertidos mis devotos: recomendación de jesuita, timo seguro.



# EL MOTIN



Quedándose con los dos—alones cabeceando,—decía al cielo mirando:—¡Ay, ama! ¡qué bueno es Dios!

TIRSO DE MOLINA

Ayuntamiento de Madrid



## Grito de dolor de un país conquistado

Acerca de la ocupación en Amberes escribe un flamenco:

«Una profunda consternación ha causado en Bélgica la noticia de que los alemanes están en Amberes.

¡En Amberes, nuestra última fortificación!

He leído que esta noticia ha producido en Köln un grandísimo entusiasmo, que se tocaron todas las campanas, que la población gritaba de júbilo.

Y entretanto, todo un pueblo que no deseaba guerrear, y á quien se le empujó á la guerra, huía hacia la frontera; mientras Köln se regocijaba ruidosamente, lloraban las madres por sus hijos, y los hijos por sus padres, se disolvían las familias, miles de enfermos se arrastraban por los caminos, las mujeres abortaban en el arroyo, en los tranvías; en las embarcaciones, buían cientos de miles de personas de su patria que, para ellas, se habría hecho un infierno...

«Ellos» están en Amberes: un gigante ha destruido á un enano; un oso se ha tragado un ratón; un gorrión ha sido despedazado por un buitre... ¡y por eso se tocan en Köln las campanas!

¿Los alemanes están en Amberes? ¡Pero si hace tiempo que estaban allí!

Ellos allí, como en cualquier parte de Bélgica disfrutaron de la hospitalidad de los belgas; poseían sus iglesias, sus escuelas, sus palacios y castillos, sus hoteles y fondas, sus teatros. Los próceres de la colonia alemana eran casi personajes oficiales, y cuando el 21 de Julio los niños de Amberes celebraban su procesión anual al Meir, alabando su pequeña patria que sólo quería brillar por un trabajo pacífico, entonces aquellos próceres tomaban asiento en los puestos de honor entre los altos funcionarios. Hombres de ciencia alemanes venían á enseñar en las escuelas alemanas. Miles de germanos se enriquecían en Amberes y otros miles ganaban allí su pan. Niños alemanes visitaban gratuitamente las escuelas municipales, jóvenes germanos podían aprender gratis en Amberes, el inglés, el francés, teneduría de libros, todo lo que deseaban.

Los alemanes ya estaban en Amberes antes de ahora.

Ahora son los amos de Amberes, confíscan los víveres y todos los medios de vida del pueblo cuya hospitalidad disfrutaron tan ampliamente, donde vivieron con más libertad que en su propio país.

Pero ¿qué hizo Bélgica al vecino grande? ¿Por qué nos han empujado á los horrores de la guerra?

Bélgica no permitió que se violara su frontera... ¿Pero no saben en Alemania que el derecho y el honor son los bienes más queridos?

De Amberes á Gante, de Gante á Brujas, de Brujas á Ostende... pronto estarán los alemanes en todas partes. Y de todas partes á donde se acercan huye toda la población hasta el último niño, hasta el último enfermo... aterrorizados, se esfuerzan por salvarse huyendo. Caravanas sin fin afluyen á Holanda; todo Flandes se despuebla; todo Bélgica es un esqueleto, con sus aldeas quemadas y sus ciudades abandonadas.

¡Oh, guerra miserable y maldita! ¡Pobre pueblo, cuyo único crimen es haber preferido tu honor á tu vida!... ¡Lo que en la Historia siempre se ha mirado como una heroicidad!

Y... ¡honor á ti, pueblo hermano de Holanda! ¡Tus diques se han abierto para dejar paso al río de miseria que inunda tu país! ¡Tú extiendes tu mano bienhechora! ¡Tus soldados llevan niños en brazos á amables hogares; los habitantes de las aldeas fronterizas nos reciben con los brazos abiertos!...

(De la revista esperantista de Amsterdam. *Internacia Socia Revuo*.)

## Todo prospera

En la *Defensa Social* se están preparando por lo visto para abrir un cine con varietés. El miércoles cantaron las señoritas Parody y de Menarguez.

¡Chelito, Argentinita, Keller... La competencia va á seros funesta.

Espero la invitación, que de seguro me harán, para describir minuciosamente las bellezas de gesto, de voz y de traje de las canzonetistas piadosas, y medir los puntos del escote de pies y de cuello.

Todo prospera: hasta el arte de santificarse.

## Consultor de clérigos y Consultor de feligreses

Abro estas dos secciones para evacuar las consultas que se sirvan hacerme, tanto los ministros del Señor, como las ovejas del rebaño católico.

Advierto que se evacuarán gratis; así evitaré que se me confunda con los que trafican y granjean con todo lo atañadero á las cosas santas. No soy ni pariente lejano de Simón el Mago.

CONSULTOR DE CLÉRIGOS

— Me encuentro en una situación difícil; no tengo ama ni sirvienta, y

una joven de diecisiete años, muy guapa, de alto seno y amplias caderas, y que no me mira con malos ojos, (los suyos son hermosísimos) solicita entrar á mi servicio. ¿La admito?

— Si usted no tiene seguridad de vencer todas las tentaciones de la carne pecadora, continúe usted solo en su humilde morada; mas si la tiene, continúe del mismo modo; que es muy terrible esa tentación que con tal entusiasmo me describe; y si la carne del hombre es flaca, la del cura lo es más.

Y evacuada la consulta, permítame usted preguntarle admirado, ya que ¡ay de mí! no puedo ejercer de envidioso:

— ¿Pero dónde diablos encuentran ustedes los curas esas gangas?

CONSULTOR DE FELIGRESES

— Cuando una imagen tiene fama de milagrosa y los devotos acuden á ella en cualquiera de las infinitas calamidades que afligen á los miseros mortales, y no consiguen lo que solicitan, ¿qué deben hacer?

— Salvo opinión más autorizada, sustituiría por otra imagen que no hubiere desatendido sus ruegos, olvidándose de que los amigos son para las ocasiones. Esto en el caso de que no prefieran buscar el remedio en recursos puramente humanos; todo, por supuesto, después de haber oído la respetable opinión del señor cura párroco, como la más competente en estos asuntos.

## ¡Que los echen!

La impiedad maldita continúa impertérrita su obra infame de combatir con las armas de la calumnia á las virtuosas, útiles y necesarias Ordenes religiosas. No pasa día sin inventar algo para desacreditarlas.

Mucho quiero á los frailes, mas preferiría que los echasen de España, á verlos tratados así.

Que los echen, sí, que los echen, para que no se vean expuestos á servir de blanco á los tiros de la maledicencia, que unas veces los acusa de holgazanes, otras de acaparadores de la riqueza pública, cuándo de crueles, cuándo de perforadores libidinosos... ¡un horror!, pues no hay falta que no les cuelguen, vicio que no les atribuyan, ni crimen de que no los crean capaces.

Afortunadamente la opinión desinteresada de los cléricales y la imparcialidad de las autoridades, ahogan siempre al nacer tan abominables invenciones, y que da plenamente demostrada la inocencia de los frailes; esto no quita para que yo, en previsión de nuevas calumnias, continúe diciendo:

¡Que los echen!, ¡que los echen!



## El tiplo de Iglesia

Allá por los tiempos en que yo había vida estudiantil y pupileresca tuve por compañero de hospedaje á un tal D. Fortunato, cantante de no sé qué capilla religiosa musical.

Nunca tuve la fea curiosidad de oír sus habilidades artísticas cuando actuaba en los coros de las iglesias, pero en cambio en casa, y á pretexto de ensayar, nos daba cada lata con sus ofertorios *pange linguas, motetes*, etc., que nos volvía locos.

—Oiga usted.—le dije un día á la patrona.—¿Quién es ese caballero que se arranca á todas horas por jipios de doncella menesterosa y no nos deja dormir ni estudiar?

—¿Quién ha de ser? D. Fortunato, un señor que canta en las iglesias. Es de los que *hacen* la voz de mujer; de esos que dicen si están ó no están... si les falta ó ne les falta... ¿Me entiende usted? que son...—y añadió una palabra que no puede reproducirse impresa.—Por lo demás, es muy servicial y muy mañoso. Los días que no tiene ensayos me ayuda á lavar la ropa, á fregar los cacharros y á otra porción de cosas. Es una alhaja para la casa. Yo quise que contrajese matrimonio con una sobrina mía, que es toda una real moza aunque le sudan mucho los pies.

—Y él ¿qué dijo á eso?

—Que el matrimonio le distraería del arte y de la religión; que desea permanecer soltero para dedicarse á la música y á la práctica de las doctrinas que le enseñaron en... ¿cómo demonio se llama ese pueblo? Es allá por tierra de la montaña.

—Acaso Corbán...

—Una cosa así.

—¡Hum!

En este diálogo estábamos cuando se presentó el aludido, y, encarándose con la patrona, le dijo:

—Señora Nicolasa: ¿quiere usted hacerme por favor una taza de tila?

—¿Está usted malo?—le preguntó cariñosamente la pupilera.

—Ay ¡calle usted por Dios! ¿Qué cosas pasan en este mundo! Usted sabe que, como la impiedad cunde tanto, las funciones solemnes escasean y las *capillas* son poco solicitadas, por lo cual me he tenido que amparar del teatro buscando una plaza de corista. Pues bien; ¿sabe lo que acaba de proponerme una de las figurantas? ¡Qué horror, señora Nicolasa! Nada menos que... ¡vergüenza me da decirlo...! que la acompañase á su casa. ¡Cómo está la sociedad! ¿Qué diría si lo supiese el padre Anselmo, mi profesor de canto-llano? ¡Figúrese usted lo que diría el buen señor! Así se pierden las almas; así es como la honestidad pe-

ligra con las relaciones que se adquieren en el teatro. Conque hágame usted el favor de esa tila, que esta noche tenemos que cantar *Los Hugonotes*, mañana tengo que tomar parte en una misa á cuatro voces que ha compuesto un señor sacerdote de Cuenca, y por la tarde estoy contratado para cantar en una boda. Así es el mundo, señora Nicolasa. Hay que hacer de tiple, de tenor, de bajo y hasta de indecente. ¡Y todavía en las hermandades nos dicen que no servimos para nada!

—Tiene usted razón.—exclamé retirándome á mi gabinete,—porque sentía así como deseos de arrimar un puntapié á aquel tipo ridículo y asqueroso.—J. G.

## Monomanía

Me equivocaré en algunos casos, pero no puedo remediarlo. Cada vez que veo á un niño al lado de un cura, y más aún de un fraile, acude á mi memoria la palabra *perforación*.

¿De corazón, de cerebro, de?...

De lo que sea. No fijo sitio. En lo único que pienso, es en que aquel niño no tendrá derecho desde aquel día á exhibir íntegra su personalidad.

## ¡VIVA FERNANDO III!

Para que se vea que algunos días antes de inventarse el liberalismo se tenía conciencia en España de lo hormiguitas que son los frailes para apoderarse de lo ajeno, basta leer lo que sigue:

«Establezco é confirmo que ningún home de Córdoba, varón é muger, no pueda vender ni dar su heredad á alguna orden, fuera de Santa María de Córdoba, que es catedral de la ciudad: más de su mueble dé quanto quiesse según su fuero: é la orden que la recibiese *comprada* ó donada, piérdala, é el vendedor pierda los dineros, é háyanlos sus parientes los más cercanos.»

Esto dice al pie de la letra el Fuero de Córdoba establecido por Fernando III, llamando el Santo, y mandado después observar, con grandes penas para los infractores, por Real cédula de 18 de Agosto de 1771, reinando Carlos III.

Si los hombres de los gobiernos actuales aspirasen á ser justos y alcanzar de paso el dictado de santos, no tenían más que poner en castellano corriente ese parrafito, darle carácter de ley y aplicarlo con la fe que lo hizo Fernando III.

¿A qué no se atreve ninguno? No me extrañará. Conozco muchos republicanos que tampoco llegarían hasta ahí.

## Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas

Suma anterior....	7545'70
Manuel Serrano (Cazalla)...	1'75
Pedro Verdaguér (Santa Coloma).....	6'00
Eusebia Huarte (San Sebastián).....	4'00
Lino Galván (Plasencia)...	5'00

Suma y sigue. .... 7562'45

## Suprimanse todos

La *Epoca* propone la supresión del Carnaval por este año.

El *Universo* dice: «Nosotros no estamos conformes, porque nos parece demasiado parca la proposición. Nosotros votamos por que el Carnaval se suprima este año y todos los demás.»

Y añadido yo: «Voto porque sean suprimidos todos los carnavales, mascaradas, disfraces, alegorías de todo género sea cualquiera el pretexto: moral, político ó religioso, puesto que en todos son puestos en caricatura héroes, dioses, mitos y símbolos de toda clase.

La palabra «carnaval» no debe limitarse á los carnavales de un solo género.

## A pagar y callar

En el Senado se leyó el día 5 una proposición de ley del obispo de Solsona, para que se eleve en 250.000 pesetas lo consignado para reparación de templos, que resulta insuficiente.

Firman la proposición el obispo de Madrid-Alcalá, marqueses de Linares y Llen, Polo y Elías de Molins.

Estamos de enhorabuena. Los impíos pagaremos un poquito más de contribución para que los devotos puedan más cómodamente insultarnos.

Y la verdad es que lo merecemos. Por brutos y sufridos.

## Papas de papel

Palabras del Papa al cardenal Almaraz:

«La paz es una obra de justicia: es imposible separar la una de la otra.»

¿Qué es imposible? Cuénteselo el Papa al *Correo Español* y al *Siglo Futuro*, germanófilos más que el Kaiser; cuénteselo, y lo probarán que con su guerrerismo son más católicos que él.



# Los milagros

por

ROBERTO ROBERT

El verdadero Dios fué el único que hizo milagros ya antes que existiera el mundo; porque milagro fué hacerlo, y es claro que para hacerlo era indispensable que no estuviese hecho.

Más adelante los hicieron los enviados suyos; después, cuando Dios tuvo familia, los hicieron todos los de la casa, y por último, apóstoles y santos trabajaron extraordinariamente en este ramo.

Era un gusto vivir en cierta época en que se puede decir que el hombre no cuidaba sino del menudeo de las cosas.

Todo lo que tenía alguna importancia para el bien, lo hacía Dios ó sus oficiales; lo que le tenía para el mal, iba á cargo del Diablo y los suyos.

El ser milagroso Dios y sus validos, fué causa de que todas las falsas religiones se atribuyesen descaradamente muchísimos milagros, como medio de hacer la competencia á la religión verdadera, que en España es la católica.

Es altamente ridículo é indecoroso ver cómo las sectas heréticas, las falsas religiones, los que no son de los nuestros se afanan por hacer creer á los necios de su respectivo partido en infinitos milagros absurdos.

Los judíos y los moros hablan con tanta formalidad de sus milagros, como pudiéramos hablar nosotros mismos de los nuestros, y sus falsas y perniciosas creencias van pasando de padres á hijos como moneda corriente, sin ver que sólo son verdadera moneda para sus sacerdotes.

Ningún hombre de mediano juicio puede considerar sin viva lástima el tropel de patrañas con que viven embobados aquellos infelices.

Dicen, por ejemplo, sus libros, que en los sacrificios legales que ellos hacían, aunque acudiese al templo más gente de la que en él cabía, conforme iban entrando iban encontrando más espacio. Ficción soberbia, imposible que esté al alcance del católico menos ilustrado; y sin embargo, aquellos bárbaros son incapaces de creer que todos los años se liquida la sangre de San Genaro,

y que han sudado sangre lo menos doscientos crucifijos, ya fuesen de boj, ya de cerezo, ya de piedra berroqueña.

En materia de milagros los católicos somos hoy día los que podemos alabarnos de poseer los verdaderos.

Somos una minoría muy exígua en este mundo, es cierto; y aún no somos católicos todos los que nos alabamos de ello; pero somos una minoría sólidamente ilustrada, y los ochocientos cincuenta millones de incrédulos que nos hacen la guerra, no pueden alabarse de poseer un átomo de verdad ni de ciencia en aquellas materias que, como la religión, no son objeto de ciencia, y cuya verdad no se puede probar materialmente.

Lo chocante es la frescura con que los herejes disidentes del catolicismo dicen que los milagros modernos son falsos, fundándose en que son innecesarios, desde que ya quedó establecido el cristianismo.

Y esa fátua necedad proviene de que como ellos no tienen santos que milagreen en favor suyo, rabian de despecho y quieren hacer creer que tampoco se obran prodigios en favor nuestro.

Y hasta ahora hace muy poco tiempo la malicia y la falsedad de esos herejes fué evidentísima; porque á fines del siglo pasado fueron tan abundantes los milagros, con especialidad en España, que casi no se podía dar un paso sin tropezar con uno; de suerte que si aquello siguiera por el camino que había tomado, á estas horas, todos hasta distraídos y dormitando, haríamos milagros, como hacen calceta muchas mujeres.

Desgraciadamente la falta de fe lleva en sí misma el castigo, y en la religión verdadera se observa que cuantos menos prodigios se creen menos prodigios se ven; circunstancia que sin duda por influjo diabólico también concurre en las falsas religiones, para que siquiera en esto se parezcan á la nuestra que es la verdadera.

Anda todavía en manos de muchos un libro precioso, aunque impreso con punible descuido, que se titula *El Jardín de la Virgen*, y es una historia de todas las imágenes milagrosas que se veneran en España, que seguramete se pueden contar por centenares.

Este libro explica el origen de esas imágenes, y aunque no es ameno, profanamente considerado, pia-

dosamente entendido es un modelo de candor.

Casi todas las imágenes fueron descubiertas por un pastorcillo, cuyo sueño desvanecen unos clarines ú otra música que suena de un modo bonito.

El pastorcillo se despierta y entre resplandores y fragancias descubre la imagen. El se alborozaba, va volando al pueblo, explica la causa del regocijo, vuelve con todos sus convecinos al sitio del descubrimiento, se hace general la alegría, y se consolida más y más la fe de aquella sencilla gente.

El párroco ó monje ó ermitaño, que por lo general siempre interviene uno de esos solteros en hallazgos semejantes, dispone una solemne procesión para trasladar la imagen á un lugar decente, y así en efecto se verifica.

¡Pero aquí viene el golpe! Al siguiente día, la imagen ya no está en el sitio donde la colocaron, sino en aquel donde había sido hallada.

Asombro general, y barruntos más fuertes que nunca de que el caso es milagroso. Sin embargo, para apurar la materia, vuelven á colocar la imagen en el sitio donde la habían trasladado.

Al otro día, otro que tal: la Virgen se ha vuelto. Entonces ya no cabe duda; la imagen quiere que se la venere allí y no en otra parte; la imagen ha expresado su voluntad de una manera maravillosa; ya tiene una abogada el pueblo ó caserío ó lo que sea. Conviene, pues, honrar á la patrona celestial y para ello se le levanta un pequeño templo, ó si no puede ser, una capillita, y si no hay dinero para tanto, un sencillo nicho, donde por la fuerza natural de las cosas ha de depositar el piadoso sus ofrendas.

Estas imágenes suelen aparecer junto á arroyos, cuyas aguas en seguida van demostrando cualidades curativas, lo cual atrae desde muy lejos á personas llenas de fe y otros alifafes.

También suelen ser halladas dentro de un roble ó de una piedra, y así son tan comunes las denominaciones de la Virgen del robledal, del encino, del olivo, del berrocal, del arroyo, del río, etc.

Lo reprehensible es que habiéndonos favorecido el Señor con tantos milagros verdaderos, haya habido hombres con atrevimiento bastante para fingir y escribir otros falsos, pues (doloroso es confesarlo) algunos milagros, aunque no muchos, ó quizá muchos, ó acaso muchísimos, han sido inventados por entes movi-

(Continuará.)

Imprenta, Monserrat, 7.